

JUANITA Y DOÑA INÉS. DOS INTERPRETACIONES DE LA TRADICIÓN LITERARIA

Concepción Argente del Castillo Ocaña
Universidad de Granada

El modelo de mujer que se impone en el catolicismo se formula desde posiciones de credo político y religioso muy distantes, pero que llevan en común el concepto de la «madre nueva», surgida del pensamiento pedagógico revolucionario, llamada a fortalecer las virtudes sociales e individuales en sus hijos y, de ahí, por extensión, en los hombres y en el *corpus social*. Esto facilita el que la concepción de la feminidad vaya más allá de la diferencia sexual y se centre en una diferencia de ser y estar en el mundo, en el que la debilidad corporal y sentimental se contrarresta con la fortaleza del alma, cualidad de grandes posibilidades para la imagen de la mujer en el cristianismo: « Este sexo, que, en el reparto, sólo parecía haber recibido dulzura y paciencia, ha dado a menudo muestras del celo más activo, de la dedicación más intrépida, de la más asombrosa sangre fría».¹

De esta manera aparece un nuevo sujeto social, no contaminado de pasiones políticas, que se reconoce por sus virtudes morales y su influencia social «desinteresada» y controlada, ya que esta influencia se ejercita en la mayoría de los casos desde el ámbito familiar o privado. Se trata, por lo tanto, de la formalización de un contrapoder femenino que utiliza recursos sentimentales, como correctivo moral de los hombres.

A esto contribuye el progresivo alejamiento de estos de la vida de la Iglesia, bien a través del fenómeno, fundamentalmente masculino, del anticlericalismo, bien a través del gran cambio cualitativo de su estar en la Iglesia, que se manifiesta, más como un problema de posiciones políticas y opiniones, que como un hecho de «mentalidad», avalado por «hechos de comportamiento», que es como se sigue produciendo en el ámbito femenino, por lo que la presencia de la mujer en la Iglesia pasa a ser mucho más activa y a imponer normas y usos de comportamiento, lo que permite a un autor de la época, como Michelet, decir que «Dios cambió de sexo»² y que a mediados de siglo, *La Civiltà Cattolica* juzgara «<<indudable y confesa>> la feminización de las prácticas de devoción».³

1 Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres*, t. IV, Barcelona, 1994, p. 184.

2 *Ibidem*, p. 185.

3 *Ibidem*, p. 186.

Desde este ámbito que le es propio y no le está vedado, frente a la abundante retórica masculina decimonónica, se genera un contradiscurso femenino, compatible con otros ámbitos que terminan por ser asimilados, es el sentido patriótico, «católica y española», que pasa a ser una sólo unidad significativa. Y que sólo más tardíamente tendrá una diferenciación sociológica.

Sin embargo, estos planteamientos tienen que ir arropados con toda una serie de cautelas que permitan a esta «mujer nueva» mantener una serie de valores tradicionales; es lo que se hace con respecto al matrimonio desde la encíclica *Arcanum* del Papa León XIII, según la cual la mujer «debe estar sometida al marido y obedecerle, no a modo de sierva, sino de compañera, es decir, de tal modo que el sometimiento que ella le presta no se aparte del decoro ni de la dignidad».⁴

Sigue siendo el matrimonio el que respalda la situación de la mujer en la sociedad, por lo que la fortaleza femenina sólo se puede ejercitar asumiendo este punto de partida, que ella no controla en el campo decisorio, pero sí en cuanto a su preparación para él. Si no es ella la que decide, sí aparecen, por otra parte, toda una serie de precauciones tendentes a fortalecer aquellas actitudes que defiendan su individualidad y garanticen su éxito en la pareja, por una parte estaría lo que se cita en los manuales de formación de la joven⁵, nombrado como matrimonio de reflexión, mezcla de sentido común y afectividad serena que garantizaba la felicidad conyugal, frente al matrimonio de pasión, fruto de una afectividad descontrolada y, por lo tanto, peligrosa, o frente al matrimonio de interés, como salida para el problema social y económico de la mujer. Hay soterrada una corriente antisentimental que sólo le pide al varón su condición de hombre de bien y poco más.

Pero por otra parte, sabiendo que ni esa reflexión es suficiente, la mujer debe ir al matrimonio contando con que esa fuerza interior, base de su feminidad, que debe ser muy cultivada, porque no sólo es a partir del matrimonio donde tiene que realizar su tarea, la educación del marido, hijos, criados, sino que también necesita esa fortaleza para defenderse ante la frustración matrimonial, que deberá soportar en cualquier caso, con la única compensación del reconocimiento de su valor espiritual, como una suerte de heroísmo que la dignifica y la enaltece. Es la propuesta que podemos ver en el gran desarrollo de las biografías de santas «mal casadas»⁶, las cuales soportan grandes sufrimientos en su matrimonio, culto que culminará con la canonización y exaltación de St^a. Rita de Casia en 1900. Este tipo de biografía se opone a los detractores del matrimonio, que desde posiciones laicas, defienden su disolución, basándose en las pocas posibilidades que ven a la armonía matrimonial.

En esta vertiente encontramos una nueva lectura del matrimonio desigual en edad, que además de presentar las cautelas que tradicionalmente se le aplicaban y le daban connotaciones negativas, aparece en versión literaria y teórica, como una

4 Ibidem, p. 188.

5 Ibidem, p. 190.

6 Mal casadas, en el sentido literario tradicional de matrimonio desigual, en edad, o en condiciones espirituales.

alternativa gratificadora, o de final feliz, siempre que sea una opción libre y la desigualdad presente elementos correctores que la suavicen.

Aunque la salida matrimonial sigue siendo la mayoritaria y apetecida, la vida conventual continúa siendo una alternativa de ubicación social de la mujer que, incluso sale reforzada del siglo XIX, ya que además de las causas tradicionales, esta vertiente más activa de la feminidad se vuelca en este campo, como lo prueba la cantidad de fundaciones que aparecen en este siglo, expandidas desde Francia a las demás naciones europeas.

Pero en esta alternativa podríamos hablar también de matrimonio, ya que se trata del desposorio con Dios, por lo tanto es también una suerte de entrega para vivir con profundidad ese sentido espiritual que puede traducirse en un lenguaje sentimental, nada abstracto, impuesto por ese mayor protagonismo del discurso femenino en la Iglesia católica.

En la formación de la mujer se le da un amplio desarrollo a la lectura, más que a la escritura que se considera más peligrosa; pero por supuesto una lectura con fines piadosos que se convierte casi en un examen de conciencia o en plegaria; de todas maneras, aunque el repertorio de lecturas no se quiere muy amplio, tiene un indudable sentido formador que debe ser realizado con lentitud y reflexión, y debe ser uno de los pilares de esta mujer educadora desde su feminidad, es decir, sin rasgos o usos viriles. Por lo que la lectura piadosa se convierte en una práctica fundamentalmente femenina.

Dentro de estas lecturas un capítulo importante se dedica a la relación con el cuerpo, instrumento de pecado, pero también instrumento para la expresión religiosa, como quiera que se realiza sin ninguna abstracción; podríamos decir que hay toda una estética de la oración que se traduce en formas proyectadas en imágenes religiosas que, a su vez, modelan los comportamientos - apariencia modesta, gestualidad dramática -. Todo un desarrollo que da escape a la sentimentalidad y que alarma en determinados momentos a los moralistas y educadores que ponen en guardia ante un exhibicionismo desbordado, que, para mayor gravedad, puede tener su escenario en el templo.

Dentro del ámbito doméstico, que sigue siendo el ámbito femenino por excelencia, la mujer católica justifica su fe y su existencia, a partir de organizar ese espacio desde una temporalidad religiosa en la que el quehacer cotidiano se convierte en diligencia espiritual. Hay un horario que cumplir, unas tareas que asumir desde la laboriosidad, unos bienes que administrar desde la sobriedad, y una formación que completar además del tiempo de devoción. Si a esto unimos la imagen de la madre prolífica⁷ y educadora, tendremos ese cuadro doméstico completo de una mujer que desde su puesto de mando, salita o cocina, según la clase social, tiene que organizar, en sus más mínimos detalles, la trayectoria temporal y espiritual propia y de cada uno de los seres que le están encomendados.

⁷ La tasa media de fecundidad asciende en estos años de cinco a siete hijos. G. Duby, op. cit., p. 209.

Podríamos resumir que el pensamiento moderno o neocatólico aporta una imagen de la mujer en la Iglesia y en la sociedad moderna que remoja la visión tradicional de la mujer fuerte de las Sagradas Escrituras, al buscar un modelo más activo para adecuarse a las nuevas funciones que la Iglesia necesita, en un mundo y en una sociedad que se sabe definitivamente en cambio.

La discusión y polémica sobre este modelo se va a imponer a lo largo del siglo y está siempre en primer plano, al ser un hecho trascendental que afecta a la estructura social, paralelo y a su manera versión del fenómeno de la lucha por la emancipación de la mujer. También es cierto que aparece afectando de distinta manera a cada país, ya que si bien esta es una problemática que tiene mayor virulencia en Francia, a partir de aquí van surgiendo una serie de textos que se traducen y divulgan en aquellos países en los que el catolicismo tiene supremacía y allí se van adaptando a las tradiciones propias.

Presuponer que Valera, tan preocupado por las cuestiones candentes de la religiosidad de su época, ignora este modelo femenino, propuesto por el neocatolicismo, sería negar lo evidente, pero pienso que hay que avanzar más y que gran parte de los personajes femeninos de Valera obedecen a la interpretación crítica que hace D. Juan de esta imagen de la «mujer nueva», adaptada al contexto español y por lo tanto dentro de una tradición religiosa y literaria propia, y que es desde estos modelos femeninos propuestos, desde donde podemos pasar a analizar, en gran parte, el sentido de su narrativa.

Reduciéndonos a *Juanita la Larga*, parece que este planteamiento, aunque haya sido indicado por la crítica⁸, entra en colisión con las declaraciones del propio autor que indica en su carta prólogo, que está muy lejos de lo que se entendía en aquel momento por una novela de tesis. «No le tiene (valor) porque eleve el alma a superiores esferas, ni porque trate de demostrar una tesis metafísica, psicológica, social, política o religiosa. Juanita la Larga no propende a demostrar ni demuestra cosa alguna... Si no enseño nada porque en la novela no hay tesis y porque no gusto de la poesía docente...».⁹

A pesar de estas manifestaciones, pienso con Pérez Gutiérrez que en la relación Juanita / D^a Inés estriba una de las claves de lectura de la novela y que esa relación entre los personajes obliga al autor a definirse críticamente en cuestiones de tipo metafísico, psicológico, social, político y religioso, y que aunque no se explicita una tesis sí se de muestra, desde el punto de vista del autor, qué situaciones y actitudes parecen más válidas y positivas y cuáles no.

8 F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *El problema religioso en la generación de 1968*, Madrid, 1975, analiza este aspecto de la obra en un sentido amplio, deteniéndose más en los personajes masculinos, aunque señala la importancia de la relación Juanita / D^a Inés, p. 85 y siguientes.

9 J. VALERA, *Juanita la Larga*, ed. de Enrique Rubio Cremades, Madrid, 1986, pp. 69-70. Cito por esta edición con las siglas J.L. más la página correspondiente.

Cuando nos fijamos en esto dos personajes femeninos, observamos que son los más desarrollados en la obra y que cada una de estas mujeres representa, a su manera, el papel de la «mujer fuerte», con una posición activa y protagonista ante su vida y los acontecimientos que les afectan. Sin embargo también es cierto que cada una de ellas presenta unas características bastante diferenciadas entre sí, expresadas a partir de manifestarse como representantes o herederas de una tradición literaria evolucionada hacia posiciones divergentes. Por lo tanto, a través de la tradición literaria a la que obedecen, se nos definen estos dos personajes en su sentido contemporáneo, mostrando recíprocamente, por una parte qué modelo de mujer, D^a Inés o Juanita, le parece más válido a Valera y a la vez qué parte de la tradición literaria le parece más viva y cuál considera un lastre, estableciendo así una conexión muy interesante entre cultura y sociedad.

Se viene relacionando a Juanita con varios referentes moratinianos¹⁰, a partir sobre todo de analogías argumentales y de la admiración declarada por D. Juan Valera hacia Moratín¹¹, sin embargo me parece que, a lo largo del texto, la relación de Juanita con otros arquetipos nos lleva a relativizar el parecido con Clara, en *La Mojigata*, o con la protagonista de *El sí de las niñas*, D^a Francisca. No se trata de establecer un problema de fuentes, que no es nuestro objetivo, sino de descubrir en la intertextualidad una manera de definir al personaje.

Si la obra ha sido calificada por Montesinos¹² como «el último idilio clásico de la literatura española», una de las razones es precisamente el componente clásico de su protagonista. Encuadrada en un contexto pastoril bíblico, surgido de la comparación de las muchachas en la fuente con Rebeca¹³, Juanita aparece, ya desde las primeras páginas, relacionada con un modo de vida libre y natural, imagen que se reforzará ampliando el espacio referencial con la mitología clásica, ahora se compara a la joven con una ninfa, con Venus¹⁴, con Nausicaa en la Edad de Oro¹⁵, y sobre todo con Diana¹⁶, referente preferido para darnos esa imagen del carácter hermoso, libre y autónomo del personaje, así la vemos en un texto que trasluce la visión poética del enamorado D. Paco, eso sí interpretada por el autor muy presente siempre en el relato: «Era además hermosa como una virgen espartana, como la propia Diana cazadora, rica en salud y gallardía; esbelta, fuerte y ágil; con todos los atractivos de la más casta y juvenil hermosura».¹⁷

Es cierto que el mismo autor nos dice que esta imagen puede ser rebajada, por la visión realista de las gentes, a la de una simple moza con su cántaro, pero es

10 *La mojigata, El viejo y la niña y El sí de las niñas*.

11 E. RUBÍO CREMADES, Introducción a *J. L.*, pp. 29-30.

12 J.F. MONTESINOS, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1969, p. 149.

13 *J. L.*, p. 88

14 *J. L.*, p. 106

15 *Ibidem*.

16 *Ibidem*.

17 *J. L.*, p. 151.

precisamente esta versión realista la que se pierde a lo largo de la obra, ya que Juanita no pasa desapercibida en ningún momento, pero sobre todo adquiere la dimensión extraordinaria en su actuación, pues además de hacerlo como las protagonistas del teatro del Siglo de Oro¹⁸, se completa la analogía con una galería de mujeres ilustres, están las «mujeres fuertes» del Antiguo Testamento, Judith y Jahel, preferidas a los ejemplos de mansedumbre y sometimiento, como Ruth y la Sulamita¹⁹, junto a una serie de imágenes heroicas, que D. Andrés en posición bastante desairada, evoca: «Y como era hombre muy versado en fábulas y en narraciones verídicas, trajo a su pensamiento, para que quedasen eclipsadas por Juanita, a Pentasilea, a Clorinda y a Bradamante, y a otras mujeres heroicas que han florecido en el mundo, desde el Ebro, glorioso por las zaragozanas, hasta el claro Termodonte, en cuyas fértiles orillas reinaron las amazonas».²⁰

Si a este campo referencial, añadimos que una serie de actitudes de D. Paco hacia Juanita se definen con textos literarios de carácter pastoril o petrarquista, como la comparación con el pastor Coridón de Virgilio²¹, o la cita de un soneto de Garcilaso²², tendremos que Juanita se perfila también por aquí, como una pastora literaria hermosa y libre.

Pero Juanita no es sólo una imagen sino que es un carácter, por lo tanto nos presenta muchas facetas que se expresan también de forma literaria, constantemente recuerda romances y poemas aprendidos en las clases con D. Pascual, que ella aplica ajustadamente a cada situación, como cuando piensa que pierde a D. Paco y los celos la llevan a expresarse por medio de Lope y su célebre soneto: «Suelta mi manso mayoral extraño...».²³

Hay pues en la descripción y actuación de Juanita una constante formulación literaria, mayoritariamente de índole pastoril, tanto en su origen clásico y bíblico, como en su elaboración posterior en la literatura española del Renacimiento y el Barroco. Los otros personajes no participan de esta cualidad si no es en relación con Juanita y aunque, como analizaremos después, el humor condicione en parte su alcance y significado, es esta formulación la que nos la define como personaje.

Juanita ha tenido una formación irregular desde el punto de vista de la educación femenina, sin ir a la escuela ha recibido clases de D. Pascual tendentes a cultivar su inteligencia natural, más que al aprendizaje de las cosas útiles que como mujeres debían aprender las niñas en la escuela, porque, de esta manera, la formación de Juanita se ha salido de los repertorios de lecturas destinados a la mujer, sin que esto la convierta en bachillera, pero sí en poseedora de un saber libre que le permite

18 Así lo indica J. de Entrambasaguas en la introducción que hace a su edición de *Juanita la Larga* en *Las mejores novelas contemporáneas*, Barcelona, 1969, t. I, p. 516.

19 *J. L.*, pp. 271 -272

20 *J. L.*, p. 282.

21 *J. L.*, p. 98.

22 *J. L.*, p. 208.

23 *J. L.*, p. 193.

asimilar y aplicar las lecturas de manera crítica; por eso hasta su madre se sorprende y le dice que habla como los libros, cuando las dos comentan su posible matrimonio con D. Paco.²⁴

Con respecto al tema religioso también se nos muestra peculiar, utiliza la religiosidad ritualista y externa de los demás para sus propios fines, acogiéndose a la apariencia de la beata²⁵ que lo mismo que encubre su ropa interior encubre sus verdaderas intenciones, pero en cambio se muestra muy devota cuando está sola y necesita fortalecer su ánimo. Diríamos que para Juanita la religión es una experiencia personal, no exhibicionista, que asume dentro de la religiosidad popular como esa necesidad humana que señala en la obra Valera de creer en algo, Dios, poesía, ciencia. Dentro de este sistema, ella no entiende por qué ha de renunciar a la vida y cuida su belleza con la mayor naturalidad.

Esta libertad del personaje, no la concibe Valera de manera romántica y desbordada, si por una parte Juanita defiende su dignidad personal y su espacio dentro de una sociedad cerrada, por otra la consecución de estos puntos pasa por el matrimonio y la maternidad. Matrimonio que el personaje quiere que sea por amor, pero siempre con los pies en la tierra, de manera que deseos, ilusiones e intereses se concilien, dando un cuadro armónico y realista²⁶. Juanita rechaza el matrimonio de conveniencia, económica y social, pero reflexiona sobre las condiciones materiales que pueden malograr un matrimonio desigual, por eso actúa para allanar los obstáculos. Por otra parte su proceso de enamoramamiento es lento y sin sobresaltos, diríamos que surge de un proceso de armonización progresivo entre sus intereses y el atractivo de D. Paco, acelerado todo ello cuando toma conciencia de que puede ser desbancada.

Juanita llega así al final de la obra descrita con otra imagen bíblica, el sueño nupcial nos la convierte en cordera y en suave Jerusalem²⁷, es la imagen sólida y fuerte de la compañera ideal, formulada también, no lo olvidemos, en la tradición del *beatus ille*, hermosa, amable, laboriosa y prudente, dulcificada al llegar a la función que le es propia, la de esposa y madre.

D^a Inés también aparece representada con rasgos de la mujer fuerte clásica, encarna plenamente el concepto de matrona que se le aplica, tanto por posición social como por cualidades y actitudes, pero mientras la descripción de Juanita y sus referentes literarios nos llevan a cualidades espontáneas y libres, universales que componen el mito, los modelos y actitudes de D^a Inés están en el campo de la historia, mucho más formalizados y artificiales, son *casos* que nos conducen a una voluntad de ser muy elaborada, como una imposición para ajustarse a un determinado modelo.

24 J.L., p. 160

25 No podemos olvidar que la beata es un tipo surgido de la espiritualidad del siglo XVI, con gran arraigo en los pueblos andaluces, y que deriva posteriormente a posturas inmovilistas y arcaizantes.

26 J.F. MONTESINOS, op. cit., p. 154.

27 J.L., p. 290.

Hay en la formulación del personaje de D^a Inés menos referentes literarios, aunque está muy desarrollado desde los distintos puntos de vista que nos dan de ella los otros personajes así como el papel que juega dentro de la novela. Así si buscamos una nómina de referentes históricos y literarios, la cosecha de esa búsqueda será más bien pobre en número y parcial en los rasgos de la comparación, por una parte aparece Lucrecia, como referente de castidad²⁸ y por otra Cornelia²⁹, para la exhibición maternal de D^a Inés, con toda su prole vestida por Juanita, pero este es un caso de referencia parcial ya que D^a Inés no hace gala de la sobriedad de la matrona romana, porque ella misma se exhibe arreglada para la ocasión y la relación con los hijos no se desarrolla en la historia.

Más peso tiene la filiación de este personaje con la tradición de la literatura religiosa española iniciada en el siglo XVI y dirigida a la mujer, aquí más que mención de personajes concretos lo que se desarrollan son modelos de conducta acordes con la espiritualidad de la Reforma, que perviven de manera rutinaria y se adaptan a las nuevas exigencias del modelo católico decimonónico. Son estos modelos de conducta teóricos, aunque contengan toda una batería de historias ejemplares y biografías de santos.

De los doce títulos que aparecen citados en la novela, más de la mitad pertenecen a los siglos XVI y XVII, siendo las otras obras del XVIII y del XIX, reeditadas o editadas la mayor parte en torno a 1870³⁰. El criterio de Valera parece ser realista y no erudito, porque selecciona las obras que habitualmente podían estar en el repertorio de lecturas de la mujer de clase media y alta, que era tanto como decir que este era el repertorio doméstico de lecturas piadosas, porque en ese estrato social, la mujer era la encargada de controlar esta parcela de la formación moral de la familia, por medio de la lectura en voz alta para todos.

D^a Inés hará uso constante de esas lecturas y de otras, los libros de historia por los que sentía gran afición, para formar su propio carácter y para corregir el de los demás, de aquí el prestigio que posee ante las dos personas más ilustradas de Villalegre, el padre Anselmo y D. Andrés, con ellos mantiene una relación intelectual o espiritual que la compensa de un matrimonio frustrante, sublimando la relación a partir de una afinidad de espíritu o, como dice Valera, de naturaleza³¹, que está en un plano superior a las relaciones que impone la sociedad, aunque D^a Inés se someta a estas imposiciones considerándolo su deber.

Esta posición le permite encarnar su papel de mujer fuerte, tutela espiritual y activa de todos los que se relacionan con ella, que es tanto como decir todos los habitantes del pueblo. Existe, eso sí, una diferencia entre su actividad en el ámbito

28 *J.L.*, p. 149.

29 *J.L.*, p. 175.

30 *J.L.*, p. 176. Enrique Rubio en las notas que acompañan el texto identifica las obras citadas dando las fechas de edición.

31 *J.L.*, p. 81.

doméstico y el ámbito público, en el primero ejerce su papel directamente, gobierna la casa, administra las fincas, trae al mundo hijos, preside la tertulia; en la vertiente pública necesita la mediación del hombre para ejercer su influencia, inspirando o los sermones del padre Anselmo o las actividades sociales y caritativas de Don Andrés; gracias a ese respaldo ella puede tener un papel activo en un circuito no oficial, pero no menos influyente, así pone nombre a los niños que nacen, busca marido, decide los oficios de los vecinos de Villalegre, es como un poder paralelo que no compite con el masculino, sino que por otro cauce lo modela y refuerza.

Incluso en el campo de la estética hay en Doña Inés un sentido activo, de filiación platónica, que encuentra dificultades a la hora de identificar la realidad y relacionarla con sus arquetipos de belleza y bondad, porque éstos pertenecen a un mundo teórico e inmóvil, sin vida, y Doña Inés al encontrarse con un objeto hermoso, al quererlo resguardar del cambio que degrada, de la vida cotidiana, lo inmoviliza. Es el caso de Juanita, pensada estéticamente como la propia obra, como el *ortus clausus*, es decir, la monja, culmen de todas las perfecciones para Doña Inés. Pero es tan fuerte en ella esta tendencia a conformar la realidad, que al acabar la novela vencida y convencida por Juanita, no se resigna a no modelar esta nueva Juanita y entonces acepta el cambio proyectando sobre este modelo la imagen de una serie de mujeres heroicas, Susana, Lucrecia y la mismísima Monja Alférez, sintetizando, humorísticamente, las dos tradiciones, referente bíblico clásico y la mediación del Siglo de Oro.

A través de la novela, Doña Inés se nos perfila por lo tanto como esa mujer nueva del neocatolicismo, maternal, activa, militante, prudente, esposa resignada, siempre en una dimensión religiosa exteriorizada y por lo tanto mezclada y confundida con el espacio social y sobre todo con el reconocimiento por parte del elemento masculino de su fortaleza y superioridad.

Volviendo a la relación de nuestros dos personajes, las dos mujeres comparten unos objetivos equiparables, las dos aspiran a ser sujetos sociales, valoradas por sí mismas, para ello aceptan el orden social establecido y, como es natural, el que la mujer se complete tomando estado, en el matrimonio o en el convento, pero sin olvidar, que para cada una de ellas lo prioritario es la conciencia de su propia dignidad.

Las dos comparten una misma actitud ante la vida, sin embargo aparecen como dos personajes antagónicos que si en el plano argumental se resuelve, al final de la obra, en una mutua simpatía y tolerancia, no ocurre lo mismo en el plano del sentido de la obra que queda en el lector. Valera demuestra que el modelo neocatólico, la caricatura de Santa Rita eficaz y sacrificada que es Doña Inés, no le convence porque proviene de un pensamiento inmovilista y teórico, que no tiene nada de nuevo porque se ha ido adaptando y amanerando en la transmisión de textos del siglo XVI, podando de ese gran árbol de la religiosidad de la Reforma lo que había de más innovador, libertad del sujeto en la vivencia religiosa, para quedarse con lo más tétrico y externo del rito.

La alternativa que se nos ofrece es Juanita, como una especie de Epifanía mítica que sólo es visible e interpretable para algunos sujetos y en determinados momentos,

claro está que el poeta o escritor será siempre uno de esos sujetos, así nuestro personaje aparece enraizado en una tradición viva, la de la libertad y espontaneidad esenciales; por este camino Valera acepta a la mujer fuerte, bíblica y clásica a la vez, que antes que católica o mujer del siglo es una mujer ordenadamente libre, que puede recibir o rechazar múltiples impulsos vitales como el amor, la fe, el arte, y que en ella lo trascendente no son esos impulsos sino su capacidad para modelarlos y expresarlos como vida.